

LA CRUZ DEL SUR delimitaba el lugar donde Jonathan Rogers se despojó de su americana y la tendió sobre la hierba para acostarse junto a Penny Jones. Estirados lado a lado, y sólo unidos por el roce de los codos, podían ver la constelación enmarcada directamente sobre sus cabezas por un pequeño y oscilante claro entre las acacias que rodeaban el Country Club de Trekkersburg. Las estrellas parecían, en cierta manera, mucho más románticas que la luna.

Ése era el secreto al fin y al cabo: que la salida resultase siendo el «gran romance» y se proyectara pronto en pantalla panorámica y fabuloso Technicolor. Aun cuando uno supiera, por la cuenta que le traía, que a la mañana siguiente no aparecería nadie buscando a la propietaria de la zapatilla de cristal; y lo hiciera simplemente porque todos decían que nadie lo había hecho nunca. Al menos, no con Miss Jones.

Jonathan alcanzó la mano de la chica, abrió delicadamente su puño cerrado, que tenía agarrado un pañuelo de papel, y entrelazó sus dedos con los de ella. El pulgar trazaba eses y círculos sobre la pequeña palma húmeda.

—No... —murmuró ella.

Se quedó de repente flácido, como un perro regañado.

—Lo siento —dijo Miss Jones—. Es que...

—No importa.

—No, de verdad. No quiero que te enfades.

—No estoy enfadado.

—¿Me lo prometes?

—Tómame tu tiempo, Pen.

Miss Jones le apretó la mano y suspiró, feliz.

—Pero no te tomes toda la noche, cariño.

Le habían fijado un plazo. Las eliminatorias individuales empezaban a las nueve en punto, y si todo iba bien, el equipo estaría de vuelta en el hotel de la ciudad a medianoche. «Jonathan, macho —le habían dicho los compañeros cuando lo planearon todo— te damos hasta las once y media, ¿vale, tío?» Unos tipos cojonudos los compañeros del equipo, pero nada les disgustaba tanto como romper las tradiciones. De hecho, consideraban de mal agüero no tomarse una última copa antes de salir. Y como la ley dictaba que ninguna mujer podía aventurarse en un bar sudafricano, Jonathan tendría que rematar la faena extramuros. Pues eso es lo que había.

Con el dedo empezó a trabajarla una vez más.

—¿Qué se siente? —preguntó tímidamente Miss Jones.

—¿Eh?

—Cuando se es una estrella del tenis.

—Bueno, eso es mucho decir.

—Ya. Lo serás, mañana.

—¿Vendrás a verme otra vez?

—Por supuesto.

Su turno de apretar la mano, suspirar, guardar silencio.

Funcionó.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que vaya?

—Debo concentrarme en la pelota, ¿no?

Ella se rió.

—¿De verdad me viste entre el público la semana pasada?

—Ya lo creo, y lo mal que me lo hiciste pasar...

—Entonces, dime: ¿dónde estaba sentada?

Jonathan la acalló, con una palmadita.

—¡Jonathan!

Silencio: el silencio de los jueces antes del veredicto.

—Ahora eres tú quien se ha enfadado, ¿verdad, Pen?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Puedo besarte entonces?

—Si quieres.

Intentó otro beso. No salió mejor que la media docena anterior; los labios de Miss Jones eran suaves, pero se abrían trabajosamente; los dientes tintineaban al chocar entre sí y eran duros de verdad.

—Oh, Jonathan...

Jonathan se incorporó lentamente y oteó el entorno, preguntándose si se arriesgaba o no a intentarlo con la lengua.

Era sorprendente la claridad dentro del bosque una vez que los ojos se habían acostumbrado, después del resplandor fluorescente de la sala de baile. De hecho, podía ver con toda nitidez. Se veían los troncos de las acacias sobrevolando los helechos delante de él. Distinguía incluso el resplandor de los ojos de las arañas arracimadas en redes invisibles, que tejían sus telas entre los troncos; y una cinta que colgaba de un arbolillo, como una señalización para una carrera de campo a través. La luna andaba agazapada, sí señor, como haciéndose de rogar. Pero él ansiaba que su luz atajase camino entre los árboles y obrase milagros con los dos pechos desnudos en los que, de no ser así, nadie hubiese reparado. Cerró los párpados, y buscó mentalmente lo que podía proyectar en ellos.

Fue entonces, como tan a menudo se repetiría a sí mismo más tarde, cuando hubiera debido girarse y mirar hacia la maleza, por encima del hombro. Una mera ojeada y todo hubiese sido tan diferente. Horrible, por supuesto, pero no de la misma manera. Se estremecería y pensaría en Miss Jones, mientras sus amigos tratarían de convertir su propia turbación en un silencioso homenaje a su memoria. Pobre Penny Jones, solterona oficial de la parroquia. Para siempre jamás.

—¿Qué ocurre?

Mantuvo los ojos cerrados y su ligera sonrisa se desvaneció.

—Nada.

—De pronto estás tan gracioso, Jonathan. ¿Por qué has cerrado los ojos?

—Estaba escuchando.

—¿Hay alguien...?

—Ya te he dicho que nadie nos molestará aquí, no hay un maldito negro en cien kilómetros a la redonda. Es otra cosa. ¿No oyes?

—¿La música?

—Sí.

—Viene del club.

—Eso es. ¿Y la canción?

El viejo Steve nunca falla. No hay equipo que no tenga su bufón, y Steve se había ganado el título a pulso. Sin duda era él quien imitaba ahora a Sinatra en el escenario, desgranando una balada y haciendo lo imposible por asegurarse de que llegaba a oídos de su compañero de dobles, en la plantación. Seguro que el resto del equipo se estaba partiendo de risa a lo largo y ancho del local.

—No la conozco. Pero también es cierto que casi no escucho la radio, sólo el *Hit Parade* cuando lo sintoniza mi hermana.

Lo que quizá valía mejor, por cierto. Steve se desgañaba con la vieja balada *Have You Met Miss Jones...*?

—Nuestra canción —dijo Jonathan entre risitas.

—¿De veras?

Más que eso: seguro que era un desafío. Dentro o fuera de la pista, los chicos dependían de que su capitán les subiera la moral haciendo lo imposible. No había marcha atrás ahora, ahora que la camisa le colgaba entre las piernas.

Jonathan empezó a pelar la corteza de una rama muerta, retorciéndose astutamente para que Penny Jones pudiera verle sólo de

espaldas. Aguardó. La canción se fue apagando. Jonathan esperó un poco más.

—¡Aquí pasa algo! —dijo ella.

Jonathan se encogió de hombros.

—Tienes que decírmelo. ¿De qué se trata?

—Mierda. Es que tú eres diferente, supongo.

—¿En qué sentido?

—Diferente, eso es todo. No como las otras.

—¿Quiénes?

—Las chicas de los bailes ésos que nos organizan. Ya sabes...

—No, en absoluto.

—Es porque sales poco de casa. ¿No te han dicho a qué viene la mayoría? Es como ser un cantante famoso. ¿Comprendes?

—¿Quieres decir que...?

—Exacto.

—Ya veo.

Contar lentamente hasta diez.

—No, no lo ves. No me refiero a eso. No exactamente.

—Ya.

—Pen, creo que te quiero. ¿No es una estupidez?

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

—¿Por qué habría de serlo?

Siete, ocho, nueve, diez.

—Entonces, ¿no te parece una locura? ¿Aunque sólo nos hayamos visto esta noche?

—Yo, sabes... yo recorté tu foto en el periódico, hace un año.

—¿Y eso?

—Porque tú también eres diferente, Jonathan. Se lo he dicho a todo el mundo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé.

Arrojó la rama hacia la maleza.

—¿Vienes a estirarte otra vez, Jonathan?

—No.

—Pero has dicho...

—Tú eres diferente, Pen. Diferente. Y esto me asusta.

—¿El qué?

—Que aún tengo ganas de... de besarte, y todo eso.

—Puede que yo sea como ellas.

—¡No digas tonterías! Ya te he dicho lo que siento. Nunca me había ocurrido.

—Me parece que... que yo también te quiero, ¿sabes?

—Pues buena la hemos armado.

La mano de Miss Jones hizo crujir las hojas.

—Me las he quitado, Jonathan.

Sin las gafas, Penny Jones parecía de pronto cualquier cosa menos una maestrilla en prácticas. Ahora se le podía hacer justicia a sus densas y largas pestañas, como también a la impertinente nariz ligeramente pecosa. La miopía aportaba su toque final de inocencia, con esos ojos grandes y cándidos.

El efecto global era verdaderamente apetecible.

Así que Jonathan inició un descenso a cámara lenta, recogió alerta la primera parte del beso con los labios fruncidos, acariciando suavemente la mandíbula de Penny Jones como hacía con

su perro al administrarle píldoras contra la tenia, y accedió a la cavidad bucal.

Aterrorizado, durante un momento pensó que debería aprender a hablar con las manos. Luego ella se abandonó a su primera sensación adulta, y lo dejó sin resuello.

Literalmente.

Valiéndose de cada uno de los músculos de su torso de atleta para reprimir un acceso de tos, Jonathan pasó directamente a la siguiente fase. Una vez más, su magnífica condición física fue capital pues le permitió acodarse cómodamente junto al lado derecho de Miss Jones, liberando de peso así las articulaciones del otro lado. Ahora todo se limitaba a mantenerle los labios ocupados mientras su temperatura corporal entraba en ebullición propagándose por todo el cuerpo.

No tardó en llegar un calor de fusión a la cintura de Miss Jones, donde Jonathan hincó la rodilla, antes de iniciar un controlado y rítmico balanceo. Los muslos de Penny Jones se aferraron con tanta fuerza a su pierna que, sin querer, se vio obligado a desenredarse.

—Estás fuerte —murmuró él.

—De cabalgar —dijo ella. Estoy apuntada al club hípico.

Dios Santo, era para mondar. Se mondaron. Ella, por lo graciosamente absurdo de la ocurrencia; pero él por lo inesperado y oportuno que resultaba aquello. Su risa era también la válvula de escape por la tensión provocada a causa de la siguiente preocupación: si Miss Jones andaba machacándose el trasero por ahí en una silla de montar no tendría necesidad de desvirgarla, lo cual no

dejaba de ser todo un alivio. Especialmente si uno tenía que rendir cuentas ante los compinches.

—Te quiero, Penny.

—¿De verdad?

—Todo lo que tú eres. Cada parte de tu ser. ¿Puedo mirar?

Penny Jones no pudo alzar la cabeza porque él la apretó con su boca; acercó su mano izquierda a la pechera frontal de su vestido pseudo Regencia para desabotonarlo. Con la derecha desenganchó hábilmente el sujetador a través de la gasa, en la parte inferior de la espalda.

Después se incorporó, maravillado.

Ya se sabe: a caballo regalado... y, sobre todo aquello otro de nunca mires lo que hay debajo. Pero lo que había debajo era increíble. Nata caída del cántaro... un continuo de formas cambiantes en la que cada una mantenía la perfección del molde. Imposible aislar los detalles.

—Eres...

Le faltaban realmente las palabras.

—¿No tengo el pecho demasiado grande? Por eso llevo siempre vestidos como éste.

—¿Eh?

—Pero esto es injusto, Jonathan.

—¿El qué?

—Tú me estás mirando. Y yo no puedo verte. ¿O sí?

—¿Quieres que me...?

—Lo que quiero decir es que, sin las gafas...

—Pen, voy a hacerlo de todas formas, ¿vale?

Ella asintió.

Y una vez se hubo desnudado hasta la punta de sus negros calcetines, ella se rió y dijo:

—Sigo viendo un bulto. Tendrás que encontrar mis gafas.

—No. Tócame, Pen.

Lo tocó, primero vacilante. Después, como un escultor que desliza su mano por una escultura de Miguel Ángel; con temor, con una urgente pasión creadora.

También él la tocó, de manera selectiva, y se olvidó de repetirle cuánto la quería.

Ya no importaba.

Ella lo atrajo hacia sí.

Mero instinto.

Instinto.

Como esa huella arcana en el subconsciente, que alerta al hombre moderno de la mirada de otros ojos.

Jonathan levantó la barbilla hasta la frente de Miss Jones y miró hacia los arbustos.

Se encontró con la mirada de otros ojos.

Y un rostro, también. Un rostro adolescente bajo una mata de pelo rubio, que le sonreía desde el lugar en que se bifurcaban las ramas de un árbol.

—¿Jonathan...?

La voz de ella sonaba ansiosa.

Con rabia, apartó de sí a Penny Jones, se dio la vuelta mientras ella se le aferraba.

—¿Qué pasa ahora? *Por favor*. Pero si casi...

La empujó. Temblaba sin poder contenerse. Y lo que sus ojos expresaban era náusea.

La pregunta de Penny lo encontró ya lejos, abriéndose paso torpemente entre la maleza, sollozando, maldiciendo mientras se acercaba al chaval detrás del árbol.

Que seguía inmóvil.

Hasta que lo agarró por los hombros y lo empujó al suelo. Jonathan estaba a punto de patearlo en las partes cuando algo le produjo un vértigo y una repulsión tales que dio tres pasos hacia atrás y tropezó con un tronco.

Un momento después llegaba al calvero Penny Jones, dando saltitos, con una espina clavada en el pie; estaba fuera de sí y lloraba.

—Hazme el amor —imploró—. No soy diferente.

Se dejó caer junto a la oscura forma masculina y se llevó una mano inerte hasta su propio pecho.

Sintió el rigor mortis de la carne.

Y la sangre en el lugar del miembro.

—¡Jonathan!

—Estoy aquí —respondió trabajosamente—, al lado del tronco.

La última cosa racional que pensó Miss Jones fue que no volvería a quitarse nunca más las gafas. Nunca más.

Pobre Penny Jones.

BIEN MIRADO, pensaba el teniente Trompie Kramer, de la Brigada Criminal de Trekkersburg, el asesinato también tenía su lado bueno. Cada asesino llegaba a la misma conclusión, aunque sólo fuera durante la fracción de segundo en que una tormenta mental puede partir hasta un árbol; y una sorprendente cantidad de presuntas víctimas pensaba igual, a juzgar por la forma en que se emperraban en provocar a esos cabrones.

Apretó a fondo el gas de su Chevrolet largo y negro, mientras se alejaba ya de las afueras en dirección a la autovía del Country Club. Después pasó la lengua por la salsa de tomate a modo de aperitivo antes de hincarle el diente a la hamburguesa.

Y volviendo a ello, ¿qué ocurre con el resto de la gente? Que les pregunten si querrían vivir sin asesinatos. Muy pocos. O ninguno, si de verdad lo reflexionan. Un hombre con hierro en el alma es una gran cosa para el anémico mundo en que vive la mayoría de la gente: todos, desde los grises jueces que colocan sus

bolígrafos y estilográficas como si fueran cuchillos y tenedores, hasta las viejas arpías, en los pasillos de los juzgados, con sus mejillas chupadas y sus botellas de whisky escondidas, todos se sienten mejor consigo mismos porque existe el asesinato, y eso sin mencionar a los chicos de la prensa, siempre atentos a satisfacer las necesidades del público, y a añadir una ración de crimen a otras tantas cosas agradables que uno repesca entre sus palabras en los cereales del desayuno. Y en caso de no tener a mano un auténtico asesinato, siempre cabe recurrir a los centenares cometidos por los escritores por puro lucro. Sí, los crímenes ayudan a que todo siga su curso, como esas *pin-up* pechugonas en los pósters que cuelgan de las paredes de las estaciones meteorológicas de la Antártica. De manera que, aunque le toque pagar el pato a una persona, o a dos, o hasta a un grupo de personas, gran parte de la sociedad puede seguir así, totalmente ocupada, o bien totalmente satisfecha —o bien totalmente ambas cosas a la vez—, y ya no causa problema alguno. Algo con efectos semejantes no puede ser tan malo. No, no señor.

Pero los asesinatos sádicos de menores, eso era otra cosa. Kramer se chupó los dedos pringosos y se preguntó por qué.

Encontró una respuesta parcial al recordar la reacción de la viuda Fourie cuando, sólo unos minutos antes, la había informado del caso. Se lo dijo de modo directo y sin rodeos, incluyendo una disculpa porque eso echaba a perder los planes que los dos tenían. La viuda Fourie se replegó abruptamente sobre sí misma, y Kramer tuvo que repetir las disculpas. Fue entonces cuando la sorprendió luchando por apartar la mirada de la puer-

ta de la habitación de los niños. Y ahí estaba la respuesta: aquél era el tipo de asesinato del que cualquiera puede ser víctima. Tú, y en particular los tuyos estáis expuestos, quizá no ahora pero sí la próxima vez, independientemente del cuidado que uno ponga en evitar situaciones sórdidas; y hasta independientemente de las veces que uno comparta cama con un policía. Basta con saber que un asesino perverso anda suelto por ahí para maldecir perversamente el tener cuatro hijos sanos y guapos. ¡*Guapos!* Ay, amigo mío, todo lo dulce se torna amargo cuando un animal ronda entre las sombras.

La luz que subía y bajaba de un vehículo circulando en dirección contraria lo deslumbró, y le recordó el modo en que los testigos periciales miraban al suelo cada vez que él pronunciaba la palabra «animal». Al infierno con ellos, y al infierno con todas las patrañas sobre infancias desgraciadas y demás obsesiones de mierda; él sabía de qué hablaba. A los seres humanos se les investiga, pero a los animales hay que cazarlos.

Y como era detective, y no un maldito guardabosques, esto siempre lo jodía. Vaya si lo jodía...

El pie saltó del acelerador al freno.

A menos de cien metros surgió un Land Rover detrás de un bulldózer ennegrecido de alquitrán, desplazándose plácidamente hacia la mediana. A la velocidad que llevaba, con el bulldózer bloqueando parte de la carretera, para sortear la curva que se le venía encima, el Chevrolet tendría que comerse al Land Rover.

Así estaban las cosas.

Inmediatamente Kramer confirmó su decisión instintiva clavando el pie en el freno y dando un volantazo. El otro conductor lo miró con expresión de sorpresa. Un chalado... Uno de esos tipos que tratan en tales situaciones de sacarle todo el jugo posible al motor. El Land Rover se caló. Kramer cerró los ojos.

Volvió a abrirlos con el repentino bienestar de verse inmóvil y del revés, enfocando el carril por el que venía circulando. Reconfortaba también constatar que su Chevrolet había pivotado. Todo parecía intacto, especialmente el bulldózer. Kramer pronunció una lacónica y nada ortodoxa plegaria.

Pero el Land Rover no perdió ni un minuto para unirse a la oración y todo cuanto Kramer pudo hacer fue fijarse en el número de la matrícula trasera. Jodido granjero loco.

Mientras seguía conduciendo junto al seto de acacias en dirección al Country club, Kramer reflexionaba: si algo le ponía enfermo en los crímenes sexuales era su carácter repentino y azaroso. El momento y el lugar eran pura coincidencia; el único vínculo entre los protagonistas era un mero e impulsivo acto de violencia. Y así, sin precedentes emocionales que proporcionasen los parámetros de la ecuación, el hábito de confiar en sus destellos de lucidez analítica quedaba enteramente fuera de lugar.

Tan fuera de lugar, de hecho, como preguntarle a los seres queridos de alguien aplastado por un rinoceronte enloquecido si la víctima se había peleado alguna vez con el bicho.

Maldita sea, por algo los guardias forestales eran gente tan poco sofisticada.

* * *

A la luz de la luna, la sangre parece negra.

El agente Hendriks lo había constatado en numerosas ocasiones, pero nunca llegó a saber a ciencia cierta si ello formaba parte significativa o no del efecto general. En ocasiones, le recordaba simplemente la melaza. Otras veces —tal vez porque la melaza se come— le provocaba náuseas. Sobre todo cuando un revoloteo de moscas venía a enturbiar aún más las cosas; pero, por suerte, hacía ya tiempo que las moscas se habían ido a acostar.

Como también era para él la hora de irse a la cama, y seguramente también la del niño tendido a sus pies.

Bostezó.

Luego se envaró, adoptando una actitud ostensiblemente alerta, al oír un ruido de pasos aproximándose. Cesaron justo al otro lado del claro.

—Muy bien, ¿dónde las quiere?

—Eh, ¿quién anda ahí?

—Lo siento, amigo: no conozco la jerga; agente Pringle, Cuerpo de bomberos, vengo a traerle las luces que han pedido.

Seis bomberos aguardaban a prudente distancia junto a Pringle; dos con un generador portátil, tres haciendo juegos malabares con las lámparas, y el último envuelto en rollos de cable de alta resistencia; todos tratando de hacerse una mínima idea de la agradable tragedia que había interrumpido su rutina de campos incendiados y saporíferas partidas de billar.

—Un niño, dicen —murmuró en afrikáans el bombero de menor estatura.

Hendriks se encogió de hombros, pero se acercó.

—¿Y a este pardillo, qué le pasa? —preguntó, clavando una mirada dura en Pringle—. ¿Un jodido emigrante inglés?

—No, no... Viene del Norte. Buena gente.

A Pringle le sonaba la disculpa, la había oído antes. «Uganda», añadió el hombre, como para echar una mano.

—Ya veo. Andan las cosas muy revueltas por ahí arriba —dijo solemnemente Hendriks, en inglés.

Todos sonrieron.

Pausa.

Pringle deslizó un dedo por el interior de la guerrera y la parte de arriba del pijama, para rascarse una calentura. Los del generador se impacientaron por no recibir instrucciones y dejaron el aparato en el suelo. Pringle enarcó una ceja, y tras un momento de madura reflexión, decidió no reaccionar.

—¿Qué hacemos? —dijo—. Nos indicaron que no nos acercásemos, por las huellas y todo eso. ¿Qué tal si vamos colgando los focos de los árboles?

—Estupendo. ¿Necesitan ayuda?

—Mejor a nuestro aire, gracias. Adelante, Viljoen.

—Como quiera.

—Prepararé el generador mientras tanto —dijo Pringle. Y mientras lo hacía le contaba a Hendriks que él era de Margate. Hendriks comentó que Margate no estaba nada mal, de no ser por las redes anti-tiburones, que lo echaban todo a perder. Pringle

le explicó que su Margate era el otro Margate, aunque, por supuesto, el que estaba junto al Océano Índico era mucho más bonito. Hendriks le dijo que él, para ir de vacaciones, seguía prefiriendo de todos modos Umkomaas.

Aquello no tenía mucho de conversación, y mucho menos de diálogo, pero ayudó a que se instalase un clima de rutina profesional; el respeto mutuo fue creciendo al mismo ritmo.

En menos de cinco minutos fijaron las luces a los árboles y conectaron el generador. Pringle tiró del arranque del motor y el aparato se encendió a la primera, asustando a una paloma torcaz que huyó con un fuerte aleteo. Atraídos un momento por ese ruido, Hendriks y los otros volvieron a bajar los ojos hacia el calor; suspiraron un poco, como los niños cuando empieza a abrirse la cortina que da paso a la función.

Primero, una lenta luz directa hacia la gruta encantada, con el generador pasando al máximo de revoluciones; después, la revelación final de cada ramita, hoja o hierbajo bajo una luz artificial, contra el fondo oscuro del bosque insondable. Todo parecía reducirse a cable, papel, pintura. Las luces latían al compás del motor de dos tiempos, impregnando la irrealidad de la escena de una parpadeante vida propia.

Yerto, en medio de todo aquello, había un ángel desnudo. Sólo podía ser un ángel, pues, como todos podían constatar, era una criatura sin sexo.

Aunque sólo desde hacía muy poco tiempo.

* * *

Kramer salió al encuentro del sargento Bokkie Kritzinger, que lo esperaba en el aparcamiento del Country Club, disfrutando de una excentricidad personal de lo más indecorosa.

—¿Sigues chupándote la punta de la corbata, Bokkie?

El hombretón escupió el extremo de la prenda.

—¿Señor? Estaba algo nervioso, eso es todo.

—¿A qué viene eso de citarme aquí fuera?

—Quería hablar un poco con usted antes de que les vea. Aquí hay gato encerrado.

—¿A qué te refieres?

—El chico y la chica que descubrieron el cadáver del niño... Tienen sangre.

—Eso ya me lo dijiste por teléfono.

—No me refiero sólo a las manos. He mirado mejor: hay sangre debajo...

—¿Cómo?

—Debajo de las ropas.

—Pero...

—¡En sus *cuerpos*, señor!

Kramer alargó la mano y enfundó el húmedo extremo de la corbata dentro de la protuberante pechera de la camisa azul de Bokkie. El sargento sonrió, ocultando los nudillos detrás de la espalda.

—¿Quieres decir debajo, Bokkie?

—Sí, señor.

—Entonces será mejor que repasemos su versión. Aquí, sentémonos aquí.

Tomaron asiento en el vehículo de emergencias del Departamento de Bomberos. Kramer encendió un Lucky Strike, y descubrió que el armatoste polivalente disponía de todo salvo de un cenicero para su cerilla.

—Bueno, señor, nada nuevo que añadir en realidad. El chico es campeón juvenil de tenis, oriundo del Transvaal, y se llama Jonathan Rogers. Edad, diecisiete, último año de instituto, anglo-parlante. La chica es Penelope Jones, dieciséis años, preuniversitaria ; vive en Greenside Way.

—¿Y qué declaran?

—Según el chico, abandonó el baile (un «homenaje» del Club de tenis de Trekkersburg a los equipos visitantes), hacia las once. Él y la chica querían ver la ciudad de noche.

—¿Desde el interior de una plantación de acacias?

—Es lo que dicen, teniente. Yo también le hice la misma pregunta, y respondió que creía que había una colina un poco más abajo, desde la que podrían divisar las luces.

—Uyuyuy...

—De camino se toparon con el niño, creyeron que los miraba. La cabeza estaba clavada donde se bifurcan las dos ramas principales; así, con los brazos colgando a cada lado, y como apoyado en el tronco.

—¿Y entonces?

—Rogers afirma que le preguntó al niño qué estaba haciendo ahí. Pero no contestó, no se movió, y entonces se acercaron.

Pensaron que se había caído del árbol y que se había quedado trabado; que estaba herido. Según Rogers, intentaron liberarlo, pero el niño se desplomó sobre ellos y los sepultó. Fue entonces cuando se dieron cuenta...

—¡Si que les llevó tiempo!

—Lo que yo pensé, señor.

—¿Sangre?

—A montones.

—¿Cuánto tiempo crees que puede llevar muerto?

—El cuerpo aún seguía caliente cuando llegué al lugar, hacia medianoche.

—Ya veo. Y la chica, ¿qué declara?

—Nada.

—¿Y eso?

—Está fuera de sí. Está sentada en la oficina de la secretaria del club. Es imposible sacarle nada. Cuando te mira, a uno se le erizan hasta los pelos del trasero. Le aseguro que hay algo muy, pero que muy raro en todo esto, señor. Por eso he preferido no decirle nada al padre de ella, de momento...

—Muy buen corazón. ¿Quién está ahora con ella... y con el chico?

—El agente Williams. Menudo trabajo le está costando mantenerlos a raya.

—¿A quién?

—A Pipson, el secretario y al señor Jones, el padre; y al entrenador del equipo de tenis de Transvaal, Freddie Harris.

—¿Y ése qué pinta?

—Está hecho una furia, el tal Freddie. Dice que han perdido todas las posibilidades de cara a los individuales masculinos, y no cree que mañana el equipo esté para gran cosa; ha sido un palo para ellos...

—Hay que joderse, habiendo un crío muerto de por medio... ¿Qué hay de la identificación?

—La central se ocupa de ello, nada por ahora. He pedido perros de rastreo y refuerzos, como me dijo. El médico forense del distrito está de camino.

—Bien. ¿Y qué pasa con los invitados a la fiesta?

—Han vuelto a sus casas, o a sus hoteles.

—Bueno.

—¿No está de acuerdo en que hay algo ra...?

—Mira, Bokkie, yo nunca estoy de acuerdo con nada hasta que no tengo hechos que estén de acuerdo entre sí. Tal vez hay algo raro, tal vez no. Vuelve y mantén tranquila a la parejita. Yo echaré una ojeada en la arboleda. Por el ruido me imagino que siguen puestos los focos.

Con un suspiro propio del subalterno que tantas veces tiene razón sin que sus superiores lo sospechen, Bokkie se deslizó del asiento para aterrizar pesadamente sobre el asfalto. Se detuvo a enderezar el cinturón de la cartuchera, y volvió a colocarse la pistola en posición correcta.

—Bokkie —murmuró Kramer—: ¿no se te ha pasado por la cabeza que tal vez sea la sangre de *ella*?

El sargento Kritzinger, padre de dos niñas casi adolescentes, reaccionó con comprensible turbación.

* * *

Era cierto. El cuerpo aún se mantenía caliente al tacto. Muy caliente, pese a que debían de haber transcurrido varias horas para que la sangre se coagulase de tal modo. Muy extraño.

Kramer frotó los dedos en la arena y se incorporó.

—Un niño muy guapo —observó.

Hendriks miró boquiabierto los hinchados rasgos y los ojos azules sobresaltados. En algún lugar, había una cara.

—Bonita sonrisa —aventuró el otro.

Ahora era Kramer quien hacía una mueca extraña tras echar una rápida ojeada.

—Vamos, amigo, deja de machacarte los sesos y liquidemos ya las notas.

Hendriks se quitó el lápiz con el que se hurgaba la oreja.

—Bien, tras el primer rastreo de la zona nos encontramos con que no tenemos... ni un carajo. Pasemos al cuerpo: escribe «uno» en el margen.

—Uno: cuerpo.

—Chico estrangulado por alambre enrollado ocho veces alrededor del cuello. No hay heridas que hagan suponer intento de defensa ni moratones en los brazos, lo que sugiere que fue atacado sin previo aviso por detrás y que las otras heridas son posteriores a la muerte. Descripción del alambre: alambre grueso del 10, similar al que se utiliza para cajas de frutas, textura suave y flexible. No presenta signos de óxido pero sí dobleces a intervalos

de medio palmo, lo que sugiere que fue transportado hasta el lugar del crimen.

Kramer encendió un Lucky Strike y esperó a que Hendriks terminase de anotar.

—Dos: cortes profundos bajo el mentón y a cada lado de la mandíbula, con adherencias de corteza del árbol A en las heridas. Concuerta con la declaración del testigo Rogers, que afirma haber encontrado el cuerpo en posición parcialmente erguida y reclinado contra el árbol A, el mentón encajado donde se bifurcan las ramas. Un charco de sangre al pie del árbol A lo confirma.

—Y la sangre en el árbol, teniente.

—¿Lo tienes? Bien, añade también eso, y no te olvides de mencionar las huellas de presión en el torso. Pasemos ahora al número tres.

»Tres: heridas múltiples por arma blanca en zona de cadera e ingles, genitales seccionados y recuperados más tarde junto al árbol A. El análisis de las heridas parece indicar que se usó un arma blanca de hoja curva como la utilizada mientras el cuerpo estaba en posición parcialmente erguida.

—¿Cómo es posible, teniente?

—Tú mismo... No era más que un chiquillo. Cuando se excitan, esos hijos de puta tienen una fuerza de toro. Le resultaría fácil levantarlo y apoyarlo con una sola mano contra el árbol. Toma nota de esto: mutilaciones concordantes con un ataque salvaje de un maníaco sexual; más golpes fallidos que acertados. Desangramiento limitado, pero una mancha indica que la zona fue manipulada después del asesinato. ¿Has tomado nota?

»Y ahora, número cuatro: cortes profundos en la espalda, tres de un hombro a otro, y otro más, en bisección, cruzando el cuerpo de arriba abajo, desde la nuca hasta la nalga izquierda. Esto sugiere que se trata de un asesinato ritual.

»Y, finalmente, cinco: una mancha de nacimiento, oscura, en el hombro derecho.

De la penumbra surgió un agente bantú de movimientos tímidos, que sostenía su porra como si no supiera qué hacer con ella en sociedad.

—¿Qué pasa, amigo?

—El sargento Kritzinger me ordena que venga a por las ropas, señor.

—¿Traes las bolsas?

Kramer las cogió y envolvió en ellas la camiseta blanca, el pantalón caqui y los calzoncillos elásticos encontrados junto al árbol. Cogió el contenido de los bolsillos —un pañuelo también caqui, un lápiz con goma, tres envoltorios de chicle y una navaja de una sola hoja— y lo depositó en otro recipiente.

—Aquí tiene. Dígale al sargento, por si todavía no lo sabe, que el cuerpo presenta una marca oscura en forma de cucharita en el hombro derecho. Y dígale que no hay zapatos porque el chico iba descalzo.

—El forense está a punto de llegar, teniente.

—Al carajo, pues.

Kramer hizo una pausa y recapituló por si aún tenía que decirle algo a Kritzinger. Después se volvió de nuevo hacia Hendriks y lo miró con irritación: estaba harto de apenar con jovenzuelos

imberbes que parecían dedicar cada rato libre de su existencia a criar pústulas. Hendriks estaba arrancándose unos granos que le habían brotado justo encima del cuello de la camisa; después depositaba la cosecha amarilla en una punta de su pañuelo. Era como para revolverle el estómago al más templado.

—¿Qué piensas hacer con eso? —preguntó Kramer—; ¿echarle agua encima como si fuera una bolsita de té?

Hendriks se puso colorado: era lo bastante joven para ruborizarse aún; menudo payaso de feria. Se notaba que el tipo empezaba a recordar ciertas informaciones que le habían llegado sobre la persona que le acompañaba en ese momento. Mejor así.

Kramer agarró una de las largas linternas que habían traído los bomberos antes de que se les ordenase que esperaran cerca del camión, cosa que aceptaron a regañadientes. El resplandor era tan intenso que parecía capaz de arrancar las ramitas de los árboles. Le pasaron a Hendricks otra, igual de potente.

—Bueno, ahora voy a echarle un vistazo al lugar desde donde el tal Rogers y la chica dicen que vieron al niño por primera vez. Tú te quedas aquí, y luego vuelves a atravesar el calvero.

—Pero, teniente...

Kramer acababa de dar unos pasos, alejándose de la luz, cuando al volverse se encontró con la mueca de Hendriks.

—Quizás estarás más motivado si te digo que allí vas a encontrar *algo*.

—¿Cómo lo sabe, teniente?

—Porque yo mismo lo dejé ahí... es la colilla de mi cigarrillo, un Texan. ¿Estamos?

Kramer se permitió una sonrisa mientras avanzaba cuidadosamente entre la maleza. Algo raro debía de haber notado Hendriks en el nombre de la marca.

Pero la broma duró poco. Apenas había recorrido un tramo de vegetación curiosamente aplastada cuando Kramer escuchó un grito de júbilo.

—¡Lo he encontrado!

—¿Qué has encontrado?

—Su colilla de Texan, teniente.

—¿Y has hecho ya todo lo que te he ordenado?

—Casi. Pero no estoy solo... Hay dos agentes. Y el doctor Strydom, que acaba de llegar.

Kramer suspiró. Empezaba a divertirse eso de descubrir los secretos de una joven promesa del tenis, que mejor hubiera empleado su tiempo no inventándose tantas mentiras. Era también lamentable que su ardid, planeado con el fin de inspirar una búsqueda frenética, se desbaratara a la primera de cambio.

Kramer inició el retorno siguiendo un camino que alguien había abierto entre la maleza a base de andar sobre un solo pie; unas pisadas normales no hubiesen dejado marca alguna en el confuso mantillo de abono, pero el peso de todo un cuerpo presionando sobre un único talón era otra cosa. Al bajar la linterna casi a ras de suelo cobraban relieve una serie de baches en el terreno. Hum. Muy interesante.

El doctor Strydom ya estaba manos a la obra; acuclillado, como uno de esos rechonchos gnomos que decoran los jardines, pero vestido de paisano y con una grisácea barbita de chivo; empuña-

ba un termómetro anal en vez de una vara. Lo introdujo suavemente, y sonrió a Kramer.

—Hola, teniente. El chico tenía bastante fiebre. Ahora veremos de qué se trata.

—Parecía muy caliente.

—Sí, por supuesto, es muy frecuente cuando la asfixia ha sido provocada por estrangulamiento.

Hendriks pasó entre ambos acompañado de otros dos agentes, que Kramer reconoció; eran de la central.

—*Guan*, ¿de veras? —preguntó uno de ellos, con un bozo mucho más poblado que su cuero cabelludo.

—Ya lo creo. A veces la hemorragia cerebral da resultados muy parecidos. No hace mucho examiné a una mujer que se había suicidado en la cárcel; se ahorcó, y tres horas después el termómetro superaba los 38 con 3.

—Qué te parece —observó Hendriks, a quien las maravillas de la ciencia parecían despojar de todo pensamiento propio.

—Lo de este chico, teniente, ratifica sus conclusiones por lo que respecta a las heridas. Me parece que está muy claro: es cosa de un perverso sexual. Menuda circuncisión, ¿eh?

El doctor Strydom rebuscó en la bolsa en busca de algodón. Limpió el termómetro y lo inclinó para que le diera la luz.

—Aquí está, chicos, veamos qué dice.

Kramer hizo restallar los dedos y señaló hacia la colilla. Hendriks se la dio, sonriente, antes de concentrarse, como el resto de sus colegas, en las cuestiones médicas.

Era la colilla de un Texan, entera, y no acababa ahí la cosa.

—Dios, esto es de lo más extraño, teniente.

Kramer levantó los ojos.

—¿A qué se refiere?

—Verá: un cuerpo suele enfriarse fácilmente un grado escaso por hora en el plazo de las primeras doce horas. Pero aquí nos encontramos con un cuerpo que se enfría en la mitad de ese tiempo, ¿entiende? Además —porque hay otro «pero»—, esta noche hace mucho calor, con lo que el proceso es más lento. En definitiva, lleva usted razón: la temperatura del cuerpo supera lo normal.

—¿Entonces?

—Ha de tenerse también en cuenta el hecho de que es un niño, y por lo tanto de complejidad muy ligera.

—¿Tengo que ser yo el que haga la suma por usted, doctor?

—Por favor, déjeme que le explique por qué no puedo estar seguro. Hay que tener en cuenta otros factores. Estas manchas oscuras revelan lividez post-mortem, pero no son tan obvias como yo esperaba.

—El cuerpo ha sido trasladado, recuerde.

—Sí, eso puede influir. Veamos...

El doctor Strydom palpó las piernas.

—El rigor mortis no sirve para nada en este caso: el cuerpo está caliente y no es un chico corpulento; así que se produce antes, especialmente en caso de metabolismo acelerado en el momento de morir, por ejemplo por haber corrido al intentar huir o algo por el estilo.

—¡Por lo que más quiera, doctor, déme un simple cálculo aproximado!

—Digamos entonces que hacia las seis de la tarde. No antes de las cinco.

—Gracias. Ahora tengo algo que resolver en el local del golf. Vigila el lugar, Hendriks.

—De acuerdo.

—Ah, otra cosa, Hendriks.

—¿Sí?

—¿Por quién me tomas? ¿Por un jodido mariquita?

—¿Señor?

Pero Kramer se alejaba ya colina arriba, llevando consigo la colilla de un Texan con una leve marca anaranjada de lápiz de labios.

LAS DOS DE LA MADRUGADA, lejos de la quietud nocturna.

En el vestíbulo del club, Freddie Harris, el señor Jones y el sargento Kritzinger seguían enzarzados en sus andanadas verbales, que retumbaban por todo el corredor hasta la sala de baile. Allí, dos encargados intentaban mantener a los perros apartados de las palmeras, mientras unos treinta hombres uniformados andaban de acá para allá comentando lo que le harían al maldito asesino en cuanto le echasen el guante. De la cocina llegaban los ásperos sonidos de un equipo de detectives bantúes interrogando a los empleados del club, a los que habían despertado en las instalaciones, y para quienes todo aquello era una pesadilla privada.

La sala de billar fue el sitio más tranquilo que Kramer logró encontrar; mucho más tranquilo aún en cuanto dejó de bramar como un chiquillo Jonathan Rogers.

—¿Dónde coloco la bola, Miss Jones? —preguntó Kramer, aprovechando el respiro para coger su taco—: ¿en el de arriba o en el del medio?

Penny Jones seguía sin estar en condiciones de responder a nada. La bola amarilla impactó con estrépito contra una bola roja extraviada sobre el tapete; una se coló por arriba, la otra por la tronera del medio. Como balas.

—Debería haber caído —dijo Jonathan.

—Para eso me pagan —replicó Kramer suavemente—; para resolver el tradicional dos más dos son cuatro, o en vuestro caso, dos más uno. Muy amable por vuestra parte la ayudita para redondear la cosa.

—¿Pero qué detalle?

Kramer colocó en la esquina de la mesa una hojita de aluminio arrancada a un paquete de cigarrillos. Jonathan lloriqueó.

—No te preocupes, hijo. No soy católico. Simplemente pensé que te interesaría. Y además así todo encaja, incluso la sangre.

—¿Me cree entonces?

—¿Por qué no? Además, tienes una coartada para las primeras horas de la noche, y eso es lo que cuenta. Mi único trabajo consiste en atar los cabos sueltos. ¿Tienes tabaco? Me he quedado sin pitillos.

Jonathan palpó en su chaqueta y extrajo un paquete.

—Texan, ¿eh? Fume Texan y tosa como un vaquero. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

Kramer encendió el cigarrillo y puso tiza en el taco.

—¿Y cómo es que fuma un jugador de tenis como tú?

—Sólo en las fiestas

—Ya.

La bola marrón entró por la misma tronera que la roja; siempre era un golpe difícil.

—¿Cuándo fue el último, si me permites preguntártelo?

—¿Cigarrillo? Después, creo. Para quitarme los nervios. Eso es.

—¿Y qué pasa con Miss Jones?

—Ella no...

—¿No está en el programa escolar?

—*¡Por favor!*

—¿Así que no intentaste animarla con una calada?

—¡No!

—Vale, vale. ¿Crees que podría quitarle a Miss Jones una pequeña muestra de su maquillaje? Pregúntaselo por mí.

Jonathan susurró algo al oído de ella, que se limitó a tragar saliva sonoramente.

—Adelante, teniente. Estoy seguro de que...

Kramer empezó a deambular de un sitio a otro, mientras rasgaba un sobre usado.

—Poco habrá más impoluto que el interior de uno de estos sobres —observó—. Recuerdo que una monja me dijo una vez que están casi esterilizados; es por si hace falta material de primeros auxilios. Ahora nos vendrá de maravilla.

Sosteniéndole con la mano izquierda suavemente la cabeza, Kramer presionó el sobre contra los labios de Miss Jones. La huella alargada y pringosa de un lápiz de labios color naranja quedó impresa en el papel.

—Hay que ver cuánto material gasta.

—Ya se lo dije, teniente, no está muy acostumbrada a estas fiestas que damos.

—Seguro que no.

Había un cabo suelto por resolver.

—¿Por qué me mira de ese modo?

—¿Y dices que besaste a Miss Jones?

—Esto.... yo... sí.

—¿Con fuerza? ¿A intervalos? ¿Con pasión?

—Bueno, nosotros...

—Ponte bajo la luz, donde pueda verte.

Jonathan titubeó.

—¿Qué pasa? ¿Piensas que voy a someterte al tercer grado?

El joven se acercó. Una pequeña mancha de color naranja en la parte intermedia del labio superior, justo donde uno esperaría encontrar la marca del fumador novato. Elemental, cuando se sabe.

—Me parece que ya puedes irte, y Miss Jones también. Mañana enviaré a un agente para que os tome declaración. Pasaremos por alto lo que le dijiste antes al sargento Kritzinger.

— ¿Eso quiere decir que... que no he hecho nada malo?

—Pertenezco a la Brigada Criminal, hijo, no a la brigada contra el vicio. Suerte con el padre de la chica.

Kramer abandonó la sala de billar, cerró la puerta y arrojó distraídamente el sobre junto con la colilla. Tenía los bolsillos más atestados de porquerías que la bolsa de nueve canguros cleptomano.

—Dígame —murmuró un tipo elegante al levantarse de un sillón de cuero en la galería mientras arrojaba a un lado un número de *Country Life*. Era el pretencioso médico especialista que iba por ahí conduciendo un Lotus, con galgo afgano incluido, y que insistía en que le facilitaran botellas de agua caliente para calentar sus manos antes de tocar un abdomen opulento.

—¿Sí? —replicó Kramer, irritado—. ¿Decía usted?

—Gerald Jones me dijo que viniese para echarle un vistazo a su hija Penelope. ¿Dónde está la chica?

—Abajo, segunda puerta.

—¿De veras? ¿Ha sacado todo lo que podía sacarle?

Y especialista en sarcasmos, por añadidura.

—Sí, se la he dejado a punto.

Kramer prosiguió su camino impertérrito.

* * *

Kritzinger se le acercó en los aseos, minutos después.

—¡Uf! por fin le encuentro, teniente. He estado buscándole por todo el edificio. Esto podría interesarle. Parece que hemos identificado al muchacho.

—¿Ah, sí?

Kritzinger desvió con tacto la mirada. Kramer estaba enjuagándose la dentadura bajo el grifo de agua fría.

—Así está mejor, la maldita hamburguesa tenía restos de hueso. Se meten en las encías. Continúa, Bokkie.

—Hay un chico de quince años que responde a la descripción, incluida la marca de nacimiento. Se informó de su desaparición alrededor de medianoche. Se llama Boetie Swanepoel, y vive en el 38 de Schoeman Road.

—¿No cae lejos de aquí, verdad?

—Al pie de la colina, junto al río. La última vez que lo vieron fue a la hora de almorzar.

—¿Pero con sólo quince años y tardaron hasta medianoche en denunciar el caso?

—Según dijeron en comisaría, señor, los padres habían asistido a una reunión especial de la congregación.

—¿Cómo?

—Lo sé, señor. Quizá convendría que enviásemos a alguien para aclarar cuanto antes los detalles.

—¿No va a venir el padre?

—El sacerdote se ofreció a venir en su lugar, y el coronel dijo que sí.

—¿Está aquí el coronel?

—En la sala de baile, preparando sus instrucciones.

—Que Dios nos pille confesados.

Kritzinger sonrió. Era famosa la aversión absoluta que sentía Kramer por el trabajo en equipo, y más aún lo que suponía organizarlo. Legendaria, casi. De hecho, circulaba un chiste al respecto en el comedor de suboficiales, que acababa así: «Y va el teniente y le dice a ella: claro que vengo solo, señora, *faltaría más*».

—¿Qué pasa, sargento? ¿He sido yo el que los ha puesto en ese estado?

—¿Señor?

—Olvídelo. Antes de planear nada, veamos qué dispone el coronel. A lo mejor hasta hay suerte y hasta nos manda a la cama.

—Usted primero, señor.

Llegaron a la sala de baile justo cuando el último equipo de rastreadores se adentraba en la espesura de la noche cruzando la espaciosa terraza cubierta. El coronel Hans Muller estaba sentado, solo, a una mesa en la que reinaba un caos de mapas, canapés, botellas y capiruchos de fiesta. Se estaba probando un casco en cartón de agente de la policía de Londres.

No le caía mal a Kramer, era un tipo cortado casi por su mismo patrón. Un tipo alto que le miraba a uno a los ojos, y lo bastante sagaz como para ahorrarse un montón de preguntas estúpidas. Un profesional, dicho en pocas palabras; nada que ver con Du Plessis. También gastaba —el sombrerito de papel daba buena medida de ello— ese cinismo a toda prueba que distingue a un individuo en medio del rebaño.

De momento, Kritzinger hacía lo imposible por no parecer un corderito degollado.

—Saludos, señor —murmuró informalmente Kramer, manteniendo sus ojos perfectamente a nivel.

—Teniente Kramer, estaba deseando que apareciera. Los hombres y los perros ya están afuera, pero no creo que sirva para nada.

—Es bueno para la prensa, señor.

—Eso es. Imagino que tendrá muchas cosas que contarme, aunque no creo que le interesen mucho al sargento.

—Bokkie, ve y dile a Rogers y a los Jones que ya pueden marcharse.

—¿Y después, señor?

—¿Después? Después ve a la oficina de la secretaria, te sientas y esperas a que suene el teléfono.

El coronel aguardó hasta que se quedaron a solas.

—Muy bien, hábleme de la sangre que hallaron en la parejita.

—Irrelevante para el caso.

—No perdamos el tiempo, pues. Según parece, el crimen fue cometido hacia las seis.

—Más o menos; Strydom no va a comprometerse con una indicación más concreta.

—¿Y por lo demás?

—El ensañamiento y los machetazos habituales en estos casos.

—No me entienda mal, teniente, tengo tanto interés como cualquiera en agarrar a ese hijo de puta, pero sólo con pensar en lo que nos va a costar me pongo enfermo.

—Y además, podríamos no cogerlo.

—Muy cierto también.

El coronel destapó una botella de cerveza, la medió, y le alargó un vaso a Kramer.

—Salud.

—Salud, señor.

Kramer dejó que sus pensamientos emergiesen a la superficie, envueltos en burbujas de color ámbar. Sólo se oía el silbido de las palas del gran ventilador que colgaba del techo. Pensó que ojalá todo quedase suspendido así un momento. Necesitaba un respiro.

—Hum, dígame: ¿terminó con el caso Dhlamini esta mañana?

—Sí, señor, pasará a previsión preventiva hasta la vista en el Supremo el día 14.

—Así que por ahora está usted disponible.

—Eso es, señor.

—Bueno, yo voy muy atrasado con las insurrecciones de Zululand, de manera que le dejo a usted este regalito. Todo suyo.

—Concretamente, ¿qué quiere decir con eso, coronel?

—Que no quiero oír hablar del caso.

—¿Hasta que tenga algo?

—No... Hasta que tenga a *alguien*. ¿Estamos?

Kramer levantó su vaso hacia el Coronel. Observó que se había despojado del ridículo sombrero.

—Le cuento el plan que le he preparado para esta noche.

El coronel asió una salchicha y la puso cuidadosamente sobre un mapa decorado con todo tipo de manchas.

—Esto es el cuerpo.

Alrededor del punto indicado dispuso varios colines de aperitivo que descendían en forma de radio colina abajo.

—Tengo varios equipos rastreando la zona, los perros están ahí para encontrar lo que buenamente puedan. Ya verá que los de este equipo se cruzarán con los otros equipos a lo largo de la zona que representa este colín, de manera que al volver aquí efectuarán un doble rastreo. Al igual que usted, no albergo grandes esperanzas de que vayan a encontrar nada, de manera que lo mejor es que a primera hora de la mañana se ponga usted en marcha, y empiece a indagar sobre todos los dementes que tengamos fichados. ¿Preguntas?

—Una duda, señor —dijo Kramer, tendiéndole un cuenco con más bastoncitos—. ¿Está seguro de haber elegido a la persona correcta?

Silbido de las palas del ventilador: zum, zum...

El coronel sonrió con mucho tacto, como si pretendiese ocultar una dentadura imperfecta. No era el caso. Era únicamente la incomodidad de un hombre cortés pero que sólo es capaz de apreciar sus propias ocurrencias.

Pero la idea estaba clara.

—No se preocupe, Kramer —dijo—. Comprendo su problema. Todas las madres de la ciudad pedirán su cabeza si usted no... Perdone, tenemos visita.

Un individuo de mediana edad avanzaba despreocupado por el resbaladizo suelo de la pista de baile, con ademanes de reverendo de la Iglesia Luterana Holandesa. En su rostro liso y sin matices, tan lívido como una hoja de papel, el bigote destacaba como un elemento ajeno, una especie de sello de correos de color negro estampado bajo una afilada nariz. La forma en que se lo atusaba con el dorso de la mano contribuía a aumentar dicha impresión.

Se veía venir; fue a vomitar junto a las azaleas antes de volver sobre sus pasos y dirigirse hacia ellos:

—Soy el reverendo Pretorius. Perdonen esta pequeña debilidad. El Todopoderoso nunca me había sometido a semejante prueba.

Kramer le cedió inmediatamente la silla.

—¿Ha reconocido a Boetie? —preguntó el Coronel.

El reverendo Pretorius asintió con un gesto desolado.

—¿Y hace mucho que le conocía?

—Desde que era bebé y lo acunaba en mis brazos. Desde sus primeras pataletas en el vientre de su madre.

O sea, lo que se dice un auténtico amigo de la familia. Kramer despertó.

—Pero, ¿podría decirnos por dónde estuvo hasta hoy, quiero decir hasta ayer? ¿Ha visto a los padres?

—¿Visto? He estado hablando con ellos hasta hace media hora, dándole vueltas y más vueltas al asunto.

—¿Qué tipo de vueltas?

—Pues por dónde estuvo, qué pudo pasarle. Dios bendito, nunca imaginamos que pudiera llegar a ocurrir algo así.

—¿Podría describirnos los movimientos del muchacho?

—Bueno, señores —interrumpió el coronel—, yo tengo que marcharme. Disculpe la descortesía, reverendo, pero me reclama mucho trabajo pendiente en la central. De todas formas, he puesto al teniente Kramer al frente del caso. Estoy seguro de que usted le prestará usted toda la ayuda que precise.

—Por supuesto.

—¿Y usted, teniente? ¿Está seguro de que no tiene ninguna otra cosa pendiente? ¿Hay algo en que pueda relevarle por la mañana?

—Creo que no, señor, gracias. Ah sí, antes de que se me olvide: me gustaría que Tráfico comprobase este número de matrícula. Les presentaré un informe posteriormente. Un granjero loco estuvo a punto de arrollarme con su Land Rover esta noche, no lejos de la colina.

—No me diga.

—Apareció de repente y se cruzó por la mediana de la autovía. Quizá vea usted el lugar al que me refiero. Hay un bulldózer aparcado en el arcén.

—Sí, sí, he visto marcas de neumático en el asfalto. Pero esa pista, amigo, no lleva a ninguna granja, sino que es para los camiones de explotación forestal. ¿A qué hora ocurrió eso?

Kramer casi da un traspié.

—Pasada la medianoche. Las doce y media quizá.

El coronel consultó el reloj.

—Hum, extraña hora para andar circulando por ahí, sí. ¿Cree que debería pasárselo a Tráfico inmediatamente?

—Si no le importa.

—Se lo pediré a título personal... de su parte.

Demonios, el coronel era un tipo estupendo, sí señor; pero no permitía más de un descuido, y Kramer tuvo la repentina y desagradable sensación de que ya había cometido dos.

* * *

Hendriks estaba casi decidido a pedir el traslado al Cuerpo de bomberos de Trekkersburg. Por lo que le había dicho el bombero Viljoen, mientras compartían tronco en el calvero ahora abandonado, el salario y las condiciones de trabajo resultaban, en comparación, mucho más ventajosas. Veinticuatro horas de servicio, veinticuatro horas de ambulancia, y después veinticuatro horas para uno mismo. Con unos turnos así, hasta las chicas de la oficina de correos podrían tomarte en serio cuando les pidieras una

cita. Y de premio, uno podía costearse una habitación decente (a la que llevarlas), un lavabo con agua fría y caliente, y comidas como Dios manda en el hotel junto a la carretera; lo que, a su vez, era también una excelente fuente de compañía femenina, sin el menor género de dudas. Ah, y otra cosa: era perfectamente natural comparecer descamisado para el servicio cuando sonaba la alarma, de manera que no había que limitarse a una noche de cada tres. Todo esto sin contar con el plus de 20 rands al mes.

—¿Cómo andáis de vacantes? —preguntó Hendriks, intentando aparentar un interés puramente formal, pero sin conseguirlo.

—Hay tres.

—¿De veras?

Hendriks caminó hacia el generador. Viljoen le observó, inquieto.

—Por supuesto no es como en la policía —se apresuró a añadir—. Otro reglamento y todo eso...

—Coño, ¿no irás a decirme que es más duro, eh? Tendrías que haber estado en la academia de policía —se mofó Hendriks.

—No es que sea más duro: es diferente.

—¿Por qué?

—Cosas... la altura y esas gaitas.

—¡Vaya! Cuando yo no levantaba ni así solía colgarme con los brazos del canalón del molino de mi padre. Pregúntale alguna vez; casi me arrancaba la piel a tiras cuando me pillaba. Decía: vas a hacer que todos los negros se partan de risa si te ven caer.

Viljoen no contestó.

— ¿No os sirve eso a vosotros?

—¡Claro! Pero yo me refería a otra altura, sabes...

El bombero colocó la mano sobre la cabeza. Un metro setenta y cinco.

Lo dijo tan suavemente como pudo, pero Hendriks lo tomó como hubiese encajado un chiste malo. Se puso colorado y se alejó hacia un árbol, donde se dio el oblicuo gusto de mearle encima a una rana.

Así que era eso, ¿eh? Pues si la policía de Sudáfrica pensaba que un metro setenta era más que suficiente para un hombre, estaba claro dónde estaba su sitio. Decidió que debía irse con ojo con esos jodidos bomberos; tipos de semejante catadura moral eran capaces de cualquier cosa.

* * *

Ciertamente, no había riesgo de error al suponer que el pastor Pretorius nunca utilizaba notas para el sermón. Menuda labia que tenía el tipo. A los topos en sus madrigueras les haría el mismo efecto que, según la publicidad, ejercían las hormonas sobre los pechos lisos. Lo cierto es que, desde hacía rato, Kramer había dejado de prestar atención.

—¿Perdone?

—Boetie ganó los cien metros libres en las competiciones de natación del año pasado.

—No me diga.

—E iba a por el récord esta misma semana. Los caminos del Señor son...

—Perdone, reverendo, pero creo que este hombre tiene un mensaje para mí.

Un agente, que esperaba desde hacía un rato, anunció con orgullo que había descubierto lo que parecía ser la bicicleta del niño en la linde de la plantación, junto al sendero, escondida tras una verja. Kramer anotó la posición en el mapa; después lo autorizó a retirarse.

—Bueno, algo es algo —dijo—. Muy posiblemente Boetie se encontró con quien quiera que fuese en este lugar. Fue atraído hacia el interior de la plantación, quizá el individuo le prometió que le enseñaría algún animal especial o algo por el estilo, y entonces avanzaron en esta dirección. En ese momento Boetie pudo olerse que estaba ocurriendo algo raro y corrió hacia el club. Por eso lo mataron allí: nadie podía oírle; cuarenta metros más y uno ya está en el campo de golf.

Lo que no dijo fue que la bicicleta había aparecido muy cerca del lugar del que había salido el Land Rover, con esa precipitación de los conductores que, probablemente, tienen otras cosas en la cabeza. Un crimen, por ejemplo. Kramer maldijo silenciosamente a Tráfico por tomarse toda la noche para localizar al propietario.

El pastor resopló, y dijo:

—Me llama la atención la forma en que resuelven ustedes estas cosas.

—Hasta ahora todo es mera suposición. ¿Qué opina de los motivos que acabo de darle para justificar que Boetie entrase en la plantación?

—Siempre fue un niño muy curioso.

—¿Demasiado curioso?

—¿A qué se refiere?

—Estoy intentando hacerle una pregunta que no le va a gustar, pero que a sus padres les gustaría todavía menos: ¿tuvo alguna vez motivos para suponer que Boetie podía no ser, digamos, un chico normal... sano, con gustos normales?

—Teniente —replicó el pastor con suma gravedad—, pongo al mismísimo Dios por testigo de que este muchacho era la encarnación misma de todo lo puro y angelical que el Todopoderoso tuvo a bien dispensarnos a nosotros, los afrikáner. Déjeme decirle que...

Kramer volvió a frenarle en seco.

—No, mejor soy yo quien recapitula, y usted me dice si los hechos que le cuento son correctos. Me alegra oír eso sobre Boetie, por cierto; pero debemos tratar de reunir toda la información posible sobre él...

—Comprendo. Adelante, le escucho.

—Al salir del colegio, Boetie pasó por casa de su amigo Hennie y ambos se fueron a cazar. Estuvieron fuera hasta pasadas las cinco. Boetie dijo que debía volver para cenar, y se alejó en bici. Sus padres no estaban en casa, se habían ido a primera hora de la tarde para asistir a la reunión de la congregación. Cuando la criada comprobó que eran las ocho y que el niño aún no había vuelto, pensó que podría haberse quedado a cenar en casa de Hennie. Hubo que esperar a la medianoche para que el señor y la señora Swanepoel volvieran a casa y comprobasen que el niño había

desaparecido. Boetie solía informarles de sus idas y venidas, así que decidieron llamar a la policía.

—Correcto. Fue una larga reunión sobre las conclusiones del Sínodo.

—Y sin embargo, ¿cómo explica usted que Boetie terminase en esta zona, a más de un kilómetro de su casa, situada justo en la otra punta?

—Muy sencillo, creo. A los chicos les gusta atajar por el arroyo y seguir este camino porque es más emocionante. Es lo que Boetie se proponía, probablemente. Tenía mucho tiempo para volver a casa, pues sabía que sólo le esperaba la criada.

—Ya. ¿Y cómo hacen, entonces?

—Pasan con las bicicletas sobre el puente del ferrocarril. De hecho, por eso conozco ese hábito suyo. A muchos padres les preocupa el peligro que corren en este lugar.

—Comprensible.

—Por los trenes, me refiero.

Kramer se levantó para estirarse.

—Boetie era un buen alumno, un feligrés asiduo, y una garantía para sus padres. Confiaban en él, de modo natural.

—Entonces, todo esto ha ocurrido porque sí. Esencialmente, es lo que necesito saber.

El sargento Kritzinger hacía gestos con un pedazo de papel desde el otro extremo del pasillo. Tráfico, finalmente, reaccionaba.

—Un millón de gracias por su ayuda, reverendo. Ahora tengo que irme, lo siento.

Pero el sacerdote insistió, con una pomposa despedida:

—Ojalá esto le hubiera ocurrido a un viejo pecador como yo —declaró—. No sonría, teniente, he conocido todas las tentaciones, y las he vencido todas, una por una.

Excepto, quizá, la gula. Alguien se había zampado la salchicha que se había usado en el mapa.

* * *

El Chevrolet había llegado casi a la altura del buldózer, en el trayecto de vuelta colina abajo, y a Kramer se le erizaron ligeramente los pelos de la nuca: no estaba solo. Pensó en ello durante quinientos metros recorridos a toda velocidad; después levantó el cristal de la ventanilla. Husmeó cuidadosamente. La inconfundible pomada barata despedía una fragancia tan intensa que hubiese podido fertilizar una papaya a cuarenta metros. Dio con la otra hamburguesa y la arrojó por encima de su hombro.

—Bang, bang: estás muerto —exclamó.

—Muy amable —replicó el sargento detective bantú Mickey Zondi, que hubiera podido usar perfectamente el asiento posterior pero que, por razones de su incumbencia, prefería tenderse en el suelo del vehículo.

—¿Y qué haces tú en mi coche?

Por toda respuesta, el ruido de una boca deglutiendo.

—¿Has interrogado al personal bantú?

—No, jefe. Preferí dar una vuelta con el doctor Strydom.

—No me dijo nada de eso.

—¿No, jefe?

Kramer comprendió la cosa y se rió.

—Cualquier día de estos me metes en un lío, ¿lo sabías?

—Guau, lo siento muchísimo.

Rieron, como reían a menudo cuando estaban a solas.

—¿Es un caso bantú, jefe?

—¿Cuándo has visto tú que un jodido pervertido sexual que mata a un niño blanco sea negro? Por supuesto que no. La cosa es sencilla, y creo que ya estamos tras la pista del cabrón que lo hizo. ¿Te bajas aquí y vuelves a la central?

—Le acompaño.

Kramer ignoró la luz roja de todos los semáforos del centro de la ciudad; apenas acababa de amanecer. Tomó la carretera de Durban, atento a los nombres de las calles en el lado izquierdo. Giró hacia Potter's Place. La mayoría de las casas en esa zona de la ciudad eran humildes bungalows que, llegados a cierta edad, sucumbían a una moda desafortunada: la de pintar de colores chillones el entarimado exterior; y toda suerte de desechos, faroles anticuados y chatarras ferroviarias se amontonaban en los escuálidos zaguanes. El n° 9 de Potter's Place parecía más descuidado que casi todos los demás, y un niño había garabateado algo en la puerta del garaje. La puerta estaba cerrada, pero las huellas poderosas de un Land Rover permanecían claramente visibles en la rampa de acceso.

El Chevrolet pasó otros dos números antes de detenerse. Kramer y Zondi se dirigieron hacia el bungalow y remontaron el sendero. Desde la galería de ladrillo llegaba el murmullo de una voz que cantaba en tonos graves.

—Quédate aquí —ordenó Kramer mientras subía los peldaños.

Un criado zulú se incorporó, las rodillas aún enrojecidas de haber estado encerando mucho el suelo, y abrió desorbitadamente los ojos. Todo un mérito para la hora que era, según el viejo reloj del vestíbulo: las seis y un minuto.

—Policía —anunció Kramer—. Cierra el pico o llamo a mi amigo.

El zulú distinguió a Zondi por encima de la tapia, se arrodilló otra vez y deslizó una mano bajo la estopa de la gamuza. Continuó frotando.

—Cada uno a lo suyo —declaró Kramer satisfecho, mientras accedía a la casa.

En el interior reinaba una tranquilidad absoluta: nadie la turbaría hasta que la galería reluciese como la uña del dedo gordo en el pie de una zorra y el té fuese subido a las habitaciones.

Había margen de sobra para una inspección previa.

Tras la puerta se concretaba la colección de chaquetas y prendas de abrigo que Kramer había entrevisto con dificultad desde el exterior, a través del cristal esmerilado. El conductor del Land Rover vestía algo de color verdoso. Había una chaqueta desastzada de sport, que podía coincidir con el color y que, además, era la última prenda colgada en el perchero.

Kramer dio vuelta a una manga para inspeccionar el puño. Lo que vio lo dejó sin aliento.

Humedeció la punta de un dedo y frotó suavemente una de las pequeñas manchas oscuras, observando cómo su saliva se tornaba de color rosáceo. Pasó al examen olfativo.

Repitió la operación con el otro puño.

Sangre.

Era demasiado fácil. Demasiado fácil, y demasiado parecido a lo que ocurría cuando a los dioses les da por hacer el ganso y te lo ponen a huevo.

Justo en ese momento, alguien dijo a su espalda:

—¡Arriba las manos!